

## Volver sobre España

A pesar del pino, base fundamental de la riqueza maderera de la región, a pesar del roble, que los campesinos de por aquí destinan fundamentalmente a planta forrajera para el largo tiempo invernal, lo que no impide que supervivan algunos bosques con robledales largamente centenarios, el árbol tutelar de esta comarca, asiento de la primitiva Castilla, es el enebro. Es difícil verlo desarrollado en su plena madurez adulta, porque es árbol de crecimiento lentísimo y lo normal es que caiga abatido antes de su desarrollo por depredadores agentes externos. Su madera, labrada, conserva durante años un aroma que, por lo demás, es peculiar de estas serranías. Cuando se sale de Santo Domingo de Silos, que además de lugar monasterial fue cabeza de una antigua merindad, hacia la carretera de Burgos a Soria, antes de llegar a Carazo, se pasa por la hoz de un riachuelo de aguas clarísimas, casi seco en el estiaje, y a ambos lados del camino, agarrados tercamente a los cantiles, crecen los enebros. Lo mismo ocurre cuando, después de tomar a la derecha, en dirección a Burgos, unos kilómetros más allá, en Hortigueta, doblamos nuevamente a la izquierda en dirección a San Pedro de Arlanza y Covarrubias. Allí, la hoz es más ancha, se diría un valle angosto. Es que lo que lleva en su seno es ya el río Arlanza. También allí el enebro es el árbol tutelar y casi heráldico. A la izquierda de nuestro camino, solitario, humilde por los siglos, comulgando la arquitectura superviviente con la umbrosa vegetación, queda la ruina del monasterio románico de San Pedro de Arlanza. Su estampa —que recuerda las visiones románticas de Villaamil— está condenada a muerte. Y no tanto por su ruina cuanto por la riqueza en perspectiva. Si se lleva a efecto definitivamente el pantano que aquí se proyecta, y en el que ya se trabaja lentamente, esas ruinas de lo que fue hito del románico en estos lugares y tumba de Fernán

González quedarán sumidas en las aguas.

Unos kilómetros más allá, tras un pórtico de pequeños huertos, tres anchas torres cobijando un caserío anuncian la próxima arribada a una población de relativa importancia:

**COVARRUBIAS.**— El topónimo, según se dice, queda justificado por algunas oquedades, metafóricamente rubias, que, en efecto, hemos visto a los lados de nuestro camino. Las torres que divisamos son las de la Iglesia Parroquial, la de la Colegiata y la que durante siglos viene llamándose «de doña Urraca». Para entrar en el pueblo hay que rodear un crucero



Archivos, Covarrubias (s. XIV).  
Abajo, Torre de Fernán González,  
en Covarrubias (s. X).

de piedra y atravesar un arco, igualmente pétreo, pero con estilo y edad definida —finales del siglo XVI—, sobre el cual descansa el edificio, de la misma edad y estilo, de lo que fue archivo del Adelantamiento de Castilla. Es que este solar de la Castilla condal guardaba ahí la documentación de sus años fundacionales.

Llegamos a una plaza, a medias porticada, que, naturalmente, se llama «de Fernán González» oficialmente, aun cuando la referencia popular no tenga necesidad del nombre propio para definir lo que es, por excelencia, «la plaza». Allí, en un gran caserío señorial, adaptado sin ningún vandalismo, está el hotel. La necesaria transigencia para con ese nombre, consa-

grado por la moderna confortabilidad hospitalaria, no llega más allá de lo que verdaderamente exige eso que llamamos confort. Un clima, a media voz, configurado por todo lo entrañable que a uno le rodea, ambiente a ese lugar que yo conozco desde sus primeros días. Ese es uno de los lugares donde la servidumbre de comer recupera toda su entrañable dignidad. Hablaré sólo de su plato más humilde: el que llaman «Sopa serrana». Una sopa de ajos, sí, pero enriquecida sabiamente por lo más fino, succulento y aromático que ha producido la tradición culinaria de los cristianos viejos, tradición no caracterizada precisamente por las ascesis cuasales del ayuno y la abstinencia.

Covarrubias, a pesar de ser uno de los solares —o acaso el solar fundamental— de Castilla, no guarda de esos años inaugurales más que dos recuerdos visibles: la llamada «Torre de doña Urraca» y la tumba de Fernán González, trasladada aquí tras la ruina de San Pedro de Arlanza. A la «Torre de doña Urraca» parece que le viene el nombre porque una desgra-

ciada descendiente del conde fundador tuvo que permanecer prisionera de su inhóspita arquitectura, seguramente por razones dinásticas. Su edificación es, posiblemente, mozárabe, a pesar de su carácter ciclópico, y aun cuando la curvatura de algún arco de herradura conservado podría acreditar una procedencia más arcaica. En cambio, la Colegiata no conserva nada de su presumible pasado prerománico y ni siquiera del románico, salvo algún capitel desarbolado... Conserva, en cambio, todo el esplendor del último tiempo gótico —de un gótico que podríamos llamar «humanista»—, sobre todo en su bello claustro. Pero fuera de él, en capilla especial, conserva su joya máxima —una de las máximas joyas de Castilla— en el tríptico de escultura policroma en su parte central, hispano-flamenco evidentemente, con el tema de la Epifanía. Don Rufino, el capellán de esta Colegiata, fiel guardador de estas reliquias, historiador y descubridor apasionado, tiene un nombre para la atribución de ese retablo; yo confío en su alta autoridad para conceder atribuciones, pero esta croniqui-

lla volandera no es el lugar donde se tiene que teorizar. Don Rufino tiene muchos motivos para enorgullecerse de las piezas de que es guardador: el sarcófago, en el claustro, de esa princesa noruega unida por matrimonio a un príncipe castellano, cuyas circunstancias tanto ha estudiado él mismo; las fabulosas tablas del pequeño museo, rescatadas por él, algunas de ellas, del anónimo... y el órgano. Uno de los más puros y primitivos órganos en ejercicio...

Covarrubias debió tener unos años esplendorosos en las postrimerías de la Edad Media. Su iglesia parroquial es también de esa época del amanecer del humanismo. Pero entre ambos monumentos queda una arquitectura civil, popular, campesina, en la que el adobe se combina con la piedra, en la que son visibles los esqueletos de su maderamen vertical, llena de interés.

A los naturales de Covarrubias les llaman —no sé bien por qué— «racheles». Y hay una tortilla ilustrada con productos de la tierra, a la cual llaman «rachel», que no es ninguna tontería. ■  
J. M. MORENO GALVAN.